Terminado el duelo, partimos juzgando que solo habia resultado una herida sin gravedad.

P. Os olvidais de una circunstancia grave: el hecho de haber sacado del cañon de la pistola M. Bertrand ennegrecido el dedo.

R. No recuerdo tal circunstancia; lo aseguro bajo mi palabra de honor. Por otra parte, esto tendria fácil esplicacion, puesto que se habian soflamado las pistolas dos veces.

P. Entonces, ¿por qué se admiró Bertrand?

R. Lo ignoro.

El conde de *Flers* declara haber oido, en la controversia entre M. de Beauvallon y Dujarier, decir este: tomadlo como querais, me es igual.

El testigo cree no haber dicho nunca que no tuviera razon Beauvallon en su discusion sobre el juego: no dijo mas, sino que Dujarier no tenia razon en la forma mas bien que en el fondo.

Opónesele sus palabras en el sumario, por las que pareció condenar absolutamente las pretensiones de Beauvallon. El decarante añade que los testigos de Dujarier le parecieron en una disposicion de ánimo desfavorable y no hallarse autorizados para evitar un desafío. Volvió á oponérsele estas palabras del sumario: «Los testigos de M. Dujarier me parecieron bien dispuestos, pero M. de Beauvallon exigia escusas» á lo que contesta el testigo:—El modo como nos recibió M. Dujarier y otras muchas circunstancias, habian envenenado la cuestion. Beauvallon no habia recibido ofensas graves, sino *una multitud de ofensas pequeñas que necesitaban una reparacion*. Viéndose tratar Beauvallon como un niño, *queria á toda costa un duelo*. Si firmó el escrito en que se dice que el duelo se verificaba por formal insistencia de Beauvallon, fue por ponerme al abrigo de sus resultados.

P. ¿No asistísteis á los convenios tratados en casa de M. de Boignes?

R. No; no firmé el escrito que á ellos se referia: juzgué que se habian arreglado las cosas con mucha precipitacion.

P. ¿Entonces era deber vuestro detener el lance y reclamar mas calma?

R. Yo hice una observacion sobre la rapidez que se ponia en ir al terreno, y previ que se nos esperaria mucho rato, porque era preciso ir á buscar á Beauvallon; pero no se hizo caso de mis observaciones, y se dirigió la conversacion á otro punto.

El presidente: Se diria por lo que declarais que fuísteis arrastrado por M. d'Ecquevillez, cuya cabeza es muy viva; vuestro celo ha sido casi pasivo.

Toda esta declaracion se dió en tono de honradez, de sencillez y de franqueza.

El acusado responde á una pregunta del presidente, que ignoró la circunstancia del dedo ennegrecido.

P. Pero ¿por qué no declarar á los testigos en el sumario, el primer acto de soflamar las pistolsa en casa de M. d'Ecquevillez?

R. M. Bertrand ha declarado sobre esto, que habiendo preguntado á vuestro testigo, le tranquilizó diciendo, que se habia hecho un disparo con pólvora. M. Bertrand ignoraba los efectos que esto producia, y solo despues ha reflexionado que se le habia engañado. Es singular que se hayan soflamado las pistolas dos veces y que no se haya hablado de la primera, ni entonces ni posteriormente.

Entre tanto se conduce al banco de los testigos al criado de M. Granier de Cassagnac, *Emilio Courcy*, á quien parecia querer impedir que fuera á declarar sobre este asunto, dice un despacho telegráfico dirigido al señor presidente. Es un niño, no obstante declarar que tiene diez y nueve años. Beauvallon dijo en sus interrogatorios que este criado fue el encargado de ir á tomar las pistolas á casa de Devismes y de traerlas á su casa. Se recordará que Devismes declaró que no habian ido á tomar pistola alguna á su casa. Courcy no sabe nada de todo esto y no fué á buscar las pistolas.

Beauvallon: Yo he declarado siempre que encontré las pistolas de mi cuñado en mi casa á media noche, y que creia que era mi criado quien me las habia traido. Esto no era mas que una suposicion.

M. Guise, médico, de cincuenta y dos años. Esperamos por espacio de mas de hora y media en el sitio del duelo. Hacia mucho frio, por lo que insistimos en que partiera M. Dujarier. Observamos en él una impresion penosa que, agregada á la temperatura, le colocaba en una situacion desventajosa para lo que se preparaba. Tratamos de distraerle hablando con él, pero bien pronto recayó la conversacion sobre el desafío. M. Dujarier me dijo que no sabia por qué se batia. Refirióme que se habia presentado en su casa M. d'Ecquevillez á provocarle de parte de M. de Beauvallon. Preguntóle por qué causa, á lo que contestó este: «Porque le disgustais.» Entonces le dijo M. Dujarier: «ese no es motivo suficiente; yo puedo desagradar á todo el mundo, y no puedo dar satisfaccion á todos con espada ó pistola en mano.» M. d'Ecquevillez añadió, que si no se aceptaba esta provocacion pura y simple, iria M. de Beauvallon á provocarle con un insulto directo y por vias de hecho. Entonces contestó M. Dujarier: «Esa amenaza es un insulto: acepto la provocacion.»

Tambien me habló de la provocacion segunda, la de M. Roger de Beauvoir. Despues de esta conversacion, que fue larga, llegaron M. de Beauvallon y sus testigos. M. de Boignes trató de impedir el duelo; pero se le contestó que no se arreglaba un lance en el terreno. Despues de disparar su pistola M. Dujarier, cuya bala pasó á una grande elevacion de la cabeza de M. de Beauvallon, fijé mi vista en M. Dujarier esperando el segundo disparo. El intérvalo que medió me pareció largo, muy largo, bastante largo para dar motivo á gritar á M. de Boignes: «Pronto, disparad.» Pude engañarme suponiendo largo este intérvalo de tiempo; en semejante momento, los segundos parecen siglos, y desde luego exageré cuando dije que habia sido de dos minutos.

En el modo como cayó M. Dujarier y en otros síntomas, conocí que estaba perdido. No obstante, traté de tranquilizarle, por lo que pudieron pensar M. de Beauvallon y sus testigos que la herida era poco grave.

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación